

HOC GENUS HUMANUM: AMOR FIT LABOR, HOMO FIT CHRISTUS, MUNDUS FIT ECCLESIA

Mikel Gotzon Santamaría Garai

UNA VISIÓN GLOBAL

Santificación del trabajo, sentido de la historia, Iglesia mundo, son algunos de los temas desarrollados por José Luis Illanes. Son cuestiones que han adquirido un peso relevante y nuevo en la reflexión teológica. Y su tratamiento se ha visto matizado, tanto por ese carácter de novedad, como por la necesidad de responder a planteamientos que provienen de filosofías o teologías que no brotan de la fuente viva de la fe de la Iglesia. Por eso, quizás sea de ayuda una presentación en directo, una visión global, breve, «ingenua», que desarrolle estos temas desde fuera, sin el peso académico del diálogo con otros planteamientos, y sin tener que insistir en la diferencia respecto de antiguos esquemas. No se aportará nada nuevo, salvo la luz que pueda arrojar la perspectiva global e ingenua del filósofo que se encuentra con la vida, natural y sobrenatural a la vez.

Para reforzar esta percepción global, la exposición será breve, digamos impresionista —destacando unos rasgos y obviando los demás—, con sólo dos citas formales: los dos «textos fundacionales» de la vocación humana al amor-trabajo. Cada uno de los demás textos usados es también sabido y —seguro— aparecerá ya citado en alguna página de este volumen. No invento nada, y las fuentes son evidentes: la doctrina de la Iglesia —y en particular el magisterio de Juan Pablo II—, y las enseñanzas acerca del espíritu del Opus Dei recogidas en los escritos de san Josemaría. Y digo esto, no porque sea un título especial, sino para obviar que ésas son las fuentes, aunque no haya aparato crítico, ya que esto no es un artículo erudito, sino un ensayo. Y también para destacar que no se aporta otra novedad que la que pueda surgir de la visión general del filósofo que considera lo obvio. Los errores serán de mi cosecha.

La «teología del trabajo» ha sido una novedad en el panorama histórico. Dejando de lado lo llamativo de este carácter de novedad, consideremos qué significa «trabajo». En primer lugar, recordemos que, cuando se ha hablado de trabajo, el analogado principal ha sido siempre el trabajo manual, aunque, en

los últimos tiempos, ese sentido se haya ido ampliando. Considero que este punto ha de ser definitiva y radicalmente corregido. Se irá viendo en lo que sigue.

Para caracterizar el trabajo, se lo ha distinguido de la contemplación —el ocio anhelado por Agustín—, y también del juego, que no busca otra cosa que su propio disfrute, mientras el trabajo se encamina a la realización de una obra exterior que lo reclama. También se lo ha definido como *facere* (fabricación), frente a *agere* (acción moral). Y se ha insistido en el carácter laborioso, de esfuerzo, que aparece destacado por la propia raíz etimológica de las palabras *labor* y *trabajo*. Más radicalmente, se ha aplicado la distinción metafísica establecida por Aristóteles entre *praxis* y *kinesis*, entre actividades perfectas y movimientos, que Tomás de Aquino denomina también *acciones inmanentes* y *transeúntes*. Cada una de estas caracterizaciones tiene un punto firme, pero también presentan dificultades.

TRABAJO-KINESIS

La distinción trabajo-contemplación, en su acepción clásica, me parece que no puede ser mantenida. Ante todo por su errónea perspectiva aristocrática: uno se dedica al «ocio» de la contemplación, del tipo que sea, mientras otros «trabajan» para resolver sus necesidades vitales. Y también por su rechazo implícito de que el trabajo sea ámbito y cauce de una vida contemplativa en sentido sobrenatural. Como ve remos más adelante, cuando el trabajo brota del amor, y es —en sí mismo— encarnación del amor, es un ámbito natural de vida contemplativa. Pero es que, además, ese tiempo de «ocio» clásico —anhelado por el filósofo o el alma contemplativa—, no es, de por sí, un tiempo de descanso, de *posesión* pacífica de la verdad o del amor. También la dedicación a la filosofía o al amor de Dios son un trabajo, una tarea progresiva y, muchas veces, costosa. La contemplación y el amor logrados sí que son fines, actividades perfectas en sí mismas, pues consisten en la posesión misma del fin. La contemplación y el amor son fruto del trabajo —intelectual o espiritual—, pero, en sí mismas, no son trabajo, sino logro, posesión del fin.

En ese sentido, me parece que la primera característica del trabajo es ésta: el trabajo es *kinesis*, es movimiento, acto imperfecto, camino hacia un fin que todavía no se ha logrado. Por eso, cualquier actividad que sea fin en sí misma, no es trabajo. Otra cosa es que, como consecuencia del trabajo, disfrutemos de sus frutos, sean exteriores, sean interiores, aquí o en la otra vida. En la medida en que hay trabajo, estamos todavía en camino. En la medida en que hay contemplación, hemos llegado a la meta. Lo que no impide que, *mientras* estamos realizando un trabajo concreto, que tiene su propia meta, mantengamos un diálogo con el Amor que nos lo encarga, un diálogo que es logro, posesión adquirida de contemplación y amor. Y tampoco impide que

ese diálogo del amor que es contemplación se alimente de la entrega a las exigencias técnicas de ese otro trabajo. Hasta que llega el momento en que es difícil distinguir, de hecho, dónde empieza el trabajo y dónde la contemplación, como señalaba con frecuencia san Josemaría.

La terminología de Tomás de Aquino —actividades inmanentes y transeúntes— suele llevar a error. La expresión *actividad transeúnte* suele entenderse como la producción de algo que está fuera del sujeto. No es así. La diferencia inmanente-transeúnte hace referencia a la relación entre la acción y su propio objeto, y no a la relación entre el sujeto que actúa y el objeto resultante. En el análisis de Tomás de Aquino, toda acción que no sea posesión de fin, sino camino hacia el fin, es acción transeúnte, y no inmanente. También cuando el fruto de la actividad permanece en el sujeto, como puede ser el caso del entrenamiento físico, del adelgazamiento, o del aprendizaje intelectual y moral. Aparender es movimiento, tránsito. Saber es acción perfecta, posesión del fin. La distinción *praxis-kinesis, inmanentetranseúnte*, no establece diferencias entre trabajos exteriores y trabajos interiores, sino entre trabajo laborioso y posesión gozosa.

TRABAJO-LIBERTAD

Esta primera caracterización del trabajo nos lleva a otra cuestión igualmente radical: el entrelazamiento del «trabajo» con el desarrollo mismo de la persona. Y no sólo en el sentido de que, al ejercer un trabajo profesional, la persona desarrolla su ser interior. Porque es evidente que el proceso de maduración interior es, en sí mismo, un trabajo, y quizás el primero, por ser el más básico. Es conocido que san Ignacio de Loyola usaba la palabra «trabajo» —en singular— como sinónimo de trabajo espiritual o ascético, mientras aplicaba el plural «trabajos» a las tareas exteriores. Considero que el crecimiento interior es, efectivamente, un trabajo en sentido estricto —y el primer trabajo—. Pero no tanto por el carácter costoso de la lucha ascética, sino más bien porque —además de ser proceso— depende *radicalmente* de la libertad. Además, no todos los momentos del progreso interior incluyen esfuerzo. Más radical que el esfuerzo es la eficacia de la gracia divina que, en ocasiones, nos lleva hacia arriba como en volandas. Pero el caso es que, sea costosa sea fácil, fruto del esfuerzo o de la gracia, la madurez interior depende siempre, en todo momento, y *radicalmente*, de la iniciativa y de la respuesta de la libertad.

En este sentido, el trabajo —tanto el interior como el exterior— es, radicalmente, un fruto de la iniciativa humana. Brota de una libertad que no es arrastrada por leyes naturales, sino que se enfrenta a una «tarea». Y una tarea es «tarea» precisamente porque no se hace sola, sino que «está por hacer», en sentido técnico, explícito y formal. Y como tal «aparece» ante la percepción humana. Por eso se ha recordado con frecuencia que sólo el hombre puede

trabajar. El animal, en cambio, no. Porque, hablando en sentido estricto, un animal nunca tiene ante sí un «quehacer». Un trabajo es, en sentido estricto y formal, un «quehacer». Y si tengo algo «que hacer», es que está «por hacer». No sólo en el sentido temporal de que «todavía no está hecho», sino en el sentido técnico de que «no se hace solo», sino que depende de mi libertad. Lo que depende de leyes naturales, sean físicas, biológicas o instintivas, quizás «todavía no está hecho» materialmente, pero nunca está formalmente «por hacer», porque «se hace solo».

En este sentido, el trabajo —sea cual sea— es, esencialmente, una actividad libre, un «quehacer», algo que «hay que hacer». Lo que hay que hacer es, precisamente, ese bien que, es bonito, vale la pena, me reclama en lo más hondo, pero no sale solo, sino que «está por hacer», y por eso, «hay que hacerlo». Se me presenta como llamada, y sólo se cumple mediante el sí de mi libertad. Trabajo y libertad son dos dimensiones estrictamente ligadas, dos colores del ser personal que se entre mezclan y reclaman en casi todas sus facetas. Si no hay libertad, no hay trabajo, ni exterior ni interior. Y el carácter libre de toda la actividad humana, también la moral, le da una dimensión esencial de trabajo, de tarea que hacer. En la medida en que la maduración interior —también la intelectual y la física— dependen de la libertad y no son todavía un logro adquirido, toda la vida del hombre es un «trabajo». El hombre es tarea para sí mismo, ese es su trabajo más importante, el más radical.

Hasta el momento, tenemos dos rasgos del trabajo:

- Todo trabajo es movimiento hacia, actividad imperfecta que se encamina al fin, y se distingue de la misma posesión del fin en la contemplación y el amor.
- Todo trabajo es ejercicio de la libertad. Y todo ejercicio de la libertad, en la precisa medida en que se orienta hacia algo que no me arrastra, sino que se presenta como «por hacer», es un quehacer, es un trabajo.

No entro en la cuestión obvia de que también las actividades perfectas que son la contemplación y el amor son actividades libres, y máximamente libres. Ahondar en la estructura metafísica de la *praxis* o acción inmanente, del amor que es libre ejercicio del amado como *physis*, y de su redundancia y consistencia en la plenitud de la persona, nos distraería del hilo que estamos siguiendo.

SER PERSONA: AMADOS Y AMANTES

Estos dos elementos, *trabajo-kinesis*, y *trabajo-libertad*, son radicales, y apuntan a la estructura específica de la persona humana, que es «persona», es decir, espiritual; y es «humana», es decir, alma-cuerpo, espíritu-temporal. Esto nos exige analizar los elementos básicos de la persona humana, que arrojan

nueva luz sobre qué significa «trabajo».

El hombre es persona, y es alma-cuerpo. Como persona, su vocación radical es el amor. Cada persona es el fruto de un acto específico de amor de Dios. «Ser» consiste en estar siendo amado por Dios. Cada persona es el «contenido» de un acto creador, ese acto de amor por el que Dios le llama a una existencia cuyo sentido es la respuesta. Cuando intentamos decir quién es una persona, la describimos por lo que hace, por la relación que tenemos con ella, etc. La *señalamos* diciendo algo de lo que es, pero no llegamos a describir su *quién* auténtico. La única respuesta a la pregunta —¿Quién soy?— sería ésta: —Yo soy el único que puede responder a ese acto de amor de Dios que me da consistencia—. La estructura interna del ser de la persona tiene la forma de una respuesta. Por eso, se puede decir también: —¿Quién soy yo? —Yo soy mi vocación. Y esto tiene un sentido técnico y ontológico, no meramente ascético o piadoso. Aunque la necesidad impide ahora desarrollar los necesarios matices.

Dios, eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tiene una vida eterna e infinita de mutua entrega y amor, y no necesita de nada ni de nadie. En su bondad, quieren que existan también otros que sean felices, como lo son ellos, con esa felicidad que consiste en la pura entrega. Para eso, Dios tiene que crearnos, darnos consistencia como seres libres que puedan entregarse, enamorarse plena y totalmente y, de esta manera, poder experimentar esa entrega plena y total que es el amor que Ellos nos tienen. Como su generosidad no tiene límite, no se conforma con crear personas espirituales, como los ángeles, que poseen todo su ser en unidad y se entregan de una vez para siempre. Dios quiere llegar hasta el extremo, y crea personas que son espíritu-cuerpo, cuyo ser se realiza en materia y tiempo. Crea animales racionales. Quiere, una por una, a una multitud de personas que pertenecen a una misma especie animal, la especie humana.

SER PERSONA DE CARNE: AMOR-TRABAJO

Esta consideración arroja una luz decisiva para entender qué significa «trabajo». Dios, en su eternidad, quiere, una por una, a muchas personas que son alma-cuerpo, que pertenecen a la misma especie animal. Consideremos esto en relación con el ser persona. Ser persona es estar llamado al amor. En una persona con alma-cuerpo, esa llamada al amor adquiere unas dimensiones peculiares, que son fruto, precisamente, de su ser alma-cuerpo. Todas ellas tienen que ver con el carácter corporal-temporal, sea de nuestro ser individual, sea de la especie humana. Y esas dimensiones peculiares de la vocación al amor, matizadas por la corporalidad y temporalidad, son otras tantas dimensiones del trabajo, que es fruto de la libertad, y también proceso.

Ser personas de carne significa, en primer lugar, que no nos entregamos

—o nos encerramos en nosotros mismos— mediante un solo acto de amor, sino que tenemos una historia personal, que parte de la inmadurez inicial —física, intelectual y moral— para ir alcanzando la madurez mediante un proceso que depende radicalmente de nuestra libertad, ejercida día a día. Esa madurez es la primera dimensión del trabajo en el que se «encarna» nuestra vocación al amor. Por eso, al crear a los primeros hombres, les dijo Dios: —«Creced», madurad, llegad a la sazón.

Ser personas de carne significa también que venimos a la existencia unos a través de otros. Dios —que, en su eternidad, nos ama uno a uno, llamándonos por nuestro nombre—, nos quiere hombres, de carne, individuos de una misma especie, descendiendo unos de otros: —«Multiplicaos». La inagotable generosidad de Dios —que siempre se entrega hasta el límite—, al querernos hombres, se pliega a la mediación libre de otros hombres. Nos quiere hijos de otros hijos, hasta remontarnos a aquellos primeros a quienes dijo: —«Llenad la tierra». Ese grito es un reflejo de la grandeza de su generosidad y de su amor, confiada ahora a la mediación humana. Esta es la segunda dimensión del trabajo en el que se encarna la vocación de las personas humanas al amor: la maternidad y paternidad, que adquieren un modo nuevo cuando somos llamados a la vida sobrenatural, en la que también somos engendrados unos por otros, según una dependencia directa que proviene —histórica y «físicamente»—, del nuevo Adán que es Cristo. Que Dios quiera a muchas personas de la misma especie implica, necesariamente, que su designio sólo puede realizarse a lo largo de un proceso histórico, y depende de la libertad —llamada al amor— de los propios hombres. Es algo obvio, pero nos da luz sobre lo que es la vocación originaria de las personas humanas. Nos muestra cómo su vocación original al amor se «encarna» en la segunda de las tres dimensiones básicas del trabajo.

Ahora bien, no sólo provenimos de otros al llegar a la existencia. También en lo intelectual y moral somos engendrados por la familia, la escuela, la Iglesia y la cultura en general. Para que pueda haber muchos hombres, y con una vida lo más humana posible, es absolutamente necesario el desarrollo de la sociedad, del hogar, de la política, de la cultura, de las artes, de la filosofía, de la economía, la medicina, las ciencias y la tecnología. La construcción de la sociedad, la construcción del mundo, la humanización de la naturaleza y del propio trabajo mediante la tecnología, incluso la mera posibilidad física de existencia de todos esos hombres que Dios —en su generosidad y desde su eternidad— ama y llama por su nombre, todo eso, requiere poner en práctica la tercera dimensión de esa vocación al trabajo que es el modo humano de amar: —«Dominad la tierra», ponédla a vuestro servicio, haced de ella el lugar

en donde mis hijos puedan crecer.

SERVICIO: DEFINICIÓN DEL TRABAJO «PROFESIONAL»

En este contexto, es manifiesto que el trabajo profesional es el modo de llevar a cabo la construcción de la sociedad, del mundo humano. Hemos caracterizado el trabajo en general como el modo en que la vocación al amor —que es propia de todo tipo de seres personales— se «encarna» en las personas que son alma-cuerpo. Lo hemos definido como fruto de la libertad, y como tarea progresiva de realización. Pues bien, para poder definir esta dimensión del trabajo que se suele llamar «trabajo profesional» no hay más remedio que remitirse a su intrínseco carácter de servicio, de construcción del hogar, la cultura y la sociedad. Es precisamente este sentido de «engarce social» el único factor que establece su carácter «profesional».

El trabajo profesional puede gustar o no, puede ser fácil o duro, puede estar hecho con profesionalidad o sin ella, pero ninguno de esos factores definen a esa tarea como trabajo profesional. No hay ninguna actividad humana que pueda ser definida, en sí misma, como trabajo o como juego, como trabajo o como descanso. Lo que para unos es trabajo, para otros es descanso. Lo que para unos es juego, para otros es trabajo profesional. Y el criterio diferenciador es, precisa y exclusivamente, el carácter de servicio y de construcción del tejido social que el trabajo profesional lleva consigo.

Jugar a fútbol puede ser simplemente eso, un juego, pero puede ser también un trabajo profesional. Y lo es, precisamente, cuando se ejerce como servicio, cuando se tiene una «dedicación» y uno se «compromete» en la industria del ocio, que es una necesidad básica del ser humano. Es muy indicativo que las palabras que se utilizan para describir el trabajo profesional —profesión, dedicación— sean las mismas que se utilizan para una entrega específica a Dios. No es el tipo de actividad en sí mismo lo que establece que esa actividad sea un trabajo profesional. Es su carácter de servicio, de construcción de la sociedad, lo que define si una actividad tiene carácter profesional. Y precisamente porque sirvo, porque ofrezco un buen producto o un buen servicio, es por lo que me pagan, de manera que saco adelante esos otros trabajos que tengo entre manos: a mí mismo y a mi familia, a los necesitados, etc.

Hay algunos trabajos profesionales que, desde un punto de vista técnico, son más importantes que otros. Esa importancia, para la mayoría de los trabajos, varía según los contextos históricos y culturales. Sin embargo, si el trabajo profesional se define precisamente por su carácter de servicio, de construcción de una sociedad y una cultura cada vez más humanas, es evidente que hay tipos de trabajos que, técnicamente, y en sí mismos, tienen una importancia especial: uno, el de la generación de seres humanos; y el otro, el de su educación, tanto humana como sobrenatural. Una sociedad que se entienda bien a

sí misma, tendrá en cuenta la primacía «técnica» intrínseca de estos dos trabajos profesionales.

PROFESIONES PRINCIPALES: PATERNIDAD, HOGAR, FORMACIÓN

Es evidente que la paternidad y maternidad, con todas sus facetas, es uno de los dos «trabajos» más importantes que puede ejercer un ser humano. Es evidente también que ser padre y madre es mucho más que lo que llamamos trabajo profesional. La carga semántica de estos dos conceptos se irá enriqueciendo cuando profundicemos en ellos, también con el progreso cultural en el que estamos embarcados. El núcleo de servicio, de encarnación del amor, y de construcción de sociedad, es común a ambos. Pero todavía lo tenemos poco presente. San Josemaría recordaba con frecuencia a los padres que el «primer negocio» son los hijos, y que un trabajo profesional concreto que descuide este primer negocio pierde su razón de ser. En aquellos años se lo advertía más a los hombres, pues la figura del padre lleva más tiempo estropeada. Ahora, el consejo se puede recordar también a las madres.

La paternidad, la maternidad, y la formación y cuidado del hogar familiar, es más que una profesión, pero no menos. Es, por lo menos, una profesión —una de las dos más importantes—, pero, muchas veces, parecería que es menos. Es urgente una reivindicación del carácter «profesional» de la paternidad y la maternidad, y de la formación y cuidado del hogar familiar —que es el ámbito en el que se forma el núcleo duro de cada persona—, con lo que eso implica también de preparación profesional para la paternidad y hogar, y de prestigio profesional. Y con sus consecuencias sociales y económicas, que reconozcan y permitan la dedicación profesional a esta tarea primordial. Según se avance en el concepto de «calidad de vida», se irá descubriendo que la atención del hogar familiar es una de las profesiones más importantes: uno de los elementos más decisivos de la construcción de un mundo humano.

El otro trabajo importante es la formación integral de esos hijos y hermanos, tanto en lo humano como en lo sobrenatural. Las múltiples facetas del ser humano hacen que este trabajo se articule en una pluralidad de profesiones. La formación básica de la persona se realiza en el seno del hogar familiar, tanto en los primeros años, como a lo largo de toda la vida. Sólo el ambiente de familia cristiana permite captar y vivir de modo natural los elementos básicos que configurarán toda nuestra vida, también nuestra relación con Dios, que es Padre, y que nos ha puesto en medio a María para que descubramos en ella el corazón de Madre que también él tiene. El ambiente de hogar cristiano es el ámbito imprescindible para vivir y desarrollar una vida que sea verdaderamente humana y cristiana. Para vivir una vida que merece ser vivida.

Todo esto manifiesta el carácter intrínsecamente «profesional» de la formación y cuidado del hogar. Y su lugar eminente entre las diversas profesiones.

Pero la pluralidad y riqueza del ser humano exige también otras muchas profesiones para formar adecuadamente a los hombres, en lo humano y en lo sobrenatural. En este sentido, el trabajo de los sacerdotes, de los obispos, y del Papa, tiene también el carácter de un «trabajo profesional». Y quienes «profesan» el «apartamiento del mundo» tienen, como oficio con el que construyen la sociedad, precisamente el de ser recordatorio vivo de que todo el trabajo humano está al servicio de un amor que sólo alcanza su culminación en la vida eterna.

Vemos así cómo se entrelazan en unidad los diversos aspectos de ese «trabajo» que hemos definido como la dimensión encarnada de la vocación de la persona al amor. Ese trabajo que es proceso y libertad. La vocación general de la persona al amor se realiza, en las personas humanas, como vocación al trabajo. Dios puso al hombre en el jardín del Edén «para que trabajara». Y «el hombre está hecho para trabajar como el ave para volar», nos dice la Escritura. No se puede ser hombre, no se puede ser cristiano, sino en la realización del trabajo. Para afirmarlo así en sentido radical, es necesario considerar estas tres dimensiones del «trabajo» humano. Pienso que el texto del Génesis sobre la creación del hombre puede ser considerado como una descripción completa de la vocación humana: vocación al amor encarnada en vocación al trabajo:

«Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: —Creced, multiplicaos, llenad la tierra y dominadla» (*Gen 1, 27-28*)

DIMENSIONES DEL PODER «CREADOR» DEL HOMBRE

Este texto del Génesis ha sido ampliamente comentado. Juan Pablo II ha destacado que el ser imagen de Dios se manifiesta, tanto en la mutua entrega de hombre y mujer, como en el dominio sobre la tierra a través del trabajo. La imagen de Dios en el hombre tiene sentido, en primer lugar, respecto del mismo Dios: el amor a Dios es la estructura radical del ser persona. El hombre es imagen de Dios, es capaz de amor y de entrega, porque es libre. Esa libertad significa dominio sobre los propios actos, y por eso, dominio sobre sí mismo y sobre el mundo. El hombre es imagen de Dios en cuanto amado y amante, pero también, y por lo mismo, en cuanto creador.

Ahora bien, si es cierto que el carácter creador del hombre se manifiesta cuando el hombre transforma y desarrolla el mundo, no es ahí donde se realiza con más intensidad la noción misma de creación y creador. Al considerar qué significa que el hombre es imagen de Dios creador, aparecen de nuevo esas dos dimensiones antes señaladas, la plenitud del propio ser y la generación de otras personas. No se suelen encuadrar en este contexto, y, sin embargo, me parecen más radicalmente creativas que el trabajo sobre el mundo exterior. Y, también en este aspecto, se pone de manifiesto su carácter de

dimensiones esenciales de ese «trabajo» que es la vocación originaria del hombre. Veamos por qué.

¿Qué es creación? Crear no es *transformar* algo ya existente, sino aportar a una *nueva realidad* que brota *exclusivamente* desde la persona que crea. Dios creador da el ser al mundo —y a cada persona—, y se lo da sin utilizar nada previo. Total y exclusivamente desde sí mismo. Si analizamos la capacidad creativa del hombre —artística, científica, empresarial, etc.—, vemos que *lo nuevo* que se aporta no es la realidad completa del producto, sino sólo una idea, una nueva forma artística, o una forma nueva de técnica. Para pasar de la idea a la realidad, no nos basta con nuestro propio ser, sino que hemos de utilizar un material externo, aplicarnos a transformar algo que ya existía. Sin embargo, en el *sí al amor*, y en la generación de otros, nuestra capacidad creadora no se limita a una idea sobre el modo de transformar el mundo, sino que es creadora *en un sentido más radical*. En esas dos actividades, se realiza *con más integridad* esa imagen de *Dios creador* que nos define como personas. Porque en ellas se engendra, no sólo una nueva idea o una nueva forma, sino una *realidad nueva*, que llega a la existencia *directamente* y, en cierto modo, *exclusivamente*, desde nosotros mismos. Es obvio que ninguna de estas dos actividades realiza en plenitud la noción de creación, que es una actividad exclusivamente divina. Pero son las dos actividades en las que esta noción de creación y creador se realiza de una manera cualitativamente superior, respecto de las demás facetas de la creatividad humana.

EL SÍ DE LA LIBERTAD AL AMOR

El sí de la voluntad al bien y al amor —la entrega del propio ser— es más radicalmente creador que otras actividades que solemos considerar «creativas». Veamos cómo y por qué. El espíritu se caracteriza por tener inteligencia y voluntad. Pero nuestra actividad intelectual se queda en el nivel de la idea, mientras que la voluntad que ama *transforma realmente* nuestro ser, identificándolo de modo real con el bien o la persona que ama, y alcanzando así una nueva plenitud real. El bien conocido no hace bueno a quien lo piensa, el bien amado sí hace bueno al que lo ama. La plenitud real a la que el ser humano está llamado sólo se alcanza en el *sí al bien y al amor*. Pero ese *sí*, esa entrega, surge *exclusivamente* desde nosotros mismos (creados y elevados por Dios, que sostiene nuestro ser y acción), y aporta una novedad real: esa plenitud y felicidad que dan sentido, no sólo a nuestra vida personal, sino al conjunto del universo material. La plenitud real del ser humano sólo se alcanza en la entrega del propio ser, que sólo puedo realizar si soy dueño de mí mismo. Sólo se alcanza en el amor que brota desde la libertad.

Por otra parte, amar consiste, precisamente, en *dar existencia real a lo amado*. En el caso de Dios, su Amor da consistencia real e independiente a lo

amado. De hecho, para nosotros, y para el mundo, existir no es otra cosa que estar siendo amados por Dios. Pero nosotros no somos Dios, la única realidad de la que disponemos de modo inmediato es la nuestra propia. Y esa realidad que tenemos es la que damos a lo amado: la de nuestro propio ser, que se transforma a sí mismo según el ser de lo que ama, sea un bien o una persona. Esto es posible precisamente por el poder de autodeterminación de nuestra libre voluntad. Ser espíritu, ser libre, es ser capaz de amar. Y por el amor, yo me transformo *realmente* a mí mismo, mi propio ser interior se transforma *realmente* en el del otro. De manera que, ahora, es el otro quien vive con mi vida, con mi carne y con mi sangre, con las energías de mi espíritu.

Amar consiste en dar existencia, dar realidad a lo que amo. Como no tengo más realidad que la mía, cuando amo, me *entrego* realmente al otro, porque le doy mi propia realidad, mi propia vida, para que sea él quien vive con ella. Cuando amo, es el otro quien vive en mí, y por eso, mis energías ya no están a mi servicio, al servicio de mis necesidades; sino que están al servicio del otro. Porque estoy haciendo vivir al otro, el modo de ser del otro, con mis propias energías. El otro tiene existencia real también en mí. Y por ser real, esa realidad es principio de actuaciones reales. El amor hace que yo viva *realmente* para el otro, porque el otro vive *realmente* en mí. Por eso, siento sus necesidades como necesidades mías; por eso, incluso las intuyo y me anticipo a ellas.

Por eso se dice que «obras son amores, y no buenas razones», porque, si amo de verdad, mi ser interior está verdaderamente transformado según lo amado, y eso hace que, espontáneamente, naturalmente, pase a las obras. En la medida en que no hay obras, el amor, la transformación interior, no es todavía plenamente real. Porque, si lo es, las obras salen solas, con la espontaneidad de las fuerzas de la naturaleza, de mi propia naturaleza, transformada realmente en el otro por el amor.

Ahora bien, ¿por qué decimos que ese sí brota (tras la acción de Dios) *exclusivamente* desde nosotros mismos? Pues porque, cuando la persona conoce el bien y el amor, descubre que es bonito, que vale la pena; pero también descubre que *el bien no se hace sólo, sino que «hay que hacerlo»*. Descubre que no basta con saber que lo bueno es bueno para que ese bien se haga, sino que hemos de *decidirnos* a hacerlo, y que esa decisión es algo que *está absolutamente* en nuestra mano. Se puede decir que, cuando la persona conoce el bien, cuando descubre el amor, el mundo entero —y Dios mismo, que nos ha creado así—, se detiene, *está esperando mi sí*, esa definitiva aportación que ha de ser, en este sentido, *exclusivamente* mía. Ni Dios puede sustituirnos en nuestra decisión de decir que sí al amor. Porque nos ha hecho así, libres. Y libres significa dueños de nuestros actos. Libres significa dueños de nosotros mismos, absolutamente responsables de nuestro propio destino eterno: soledad o mutua entrega.

Ese paso, desde el ser libre que hemos recibido hasta la plenitud del sí al

amor, aporta una *realidad nueva*, que es la realidad más importante del mundo, la que da sentido a este desbarajuste en el que vivimos. Y esa realidad nueva, esa plenitud de las personas, depende de un sí que brota (con los matices señalados) *exclusivamente* desde nosotros mismos. Ese *decir sí* es una imagen auténtica del poder creador de Dios. Dios mismo se detiene y espera.

LA GENERACIÓN DE OTRA PERSONA

Decíamos antes que, lo que solemos considerar como capacidad creativa, se limita a la creación de una nueva idea o forma de hacer las cosas; que, después, para hacerla realidad, debemos recurrir a la transformación de algo previo y externo. Podemos añadir ahora que, esas cosas que realizamos, tienen una vida limitada: antes o después, todos nuestros logros exteriores pasan. Pero, además del sí al amor, hay algo que brota directamente de nosotros mismos —y, en cierto sentido, *exclusivamente de nosotros* mismos—, dando lugar a una *realidad nueva* que, además, no cesará nunca: son los hijos. En este caso, colaboramos con Dios en la creación de una nueva persona que está llamada a una vida eterna, una vida que no tiene fin. Somos copartícipes de su poder creador. Y en el caso de la aparición de un nuevo ser humano, sucede como con la aparición del sí de la libertad al amor: Dios, cuando desea traer una nueva criatura al mundo, está esperando a que los esposos, libremente, decidan entregarse del todo. Esas ansias de Dios por hacer felices a muchos hijos suyos, que le llevan a decir, «llenad la tierra», pasan a través del amor y la libertad de otros hombres.

Del mismo modo que Dios, habiendo apostado su propia vida por nuestra felicidad, espera nuestro sí a la entrega que nos hace felices, así también, habiendo puesto las condiciones naturales para la aparición de nuevos seres humanos, espera la entrega de los esposos. Ninguna otra cosa que podamos aportar al mundo tiene la grandeza de esos nuevos seres humanos que dependen de nosotros para existir. Ninguna durará para siempre. Sólo los hijos pueden acompañarnos en la vida eterna. Son parte esencial de ese trabajo en el que se encarna la vocación del hombre al amor. Tanto en la vida humana como en la sobrenatural.

El sí al amor, y la generación de nuevos seres humanos, son los dos aspectos en los que la persona ejerce de modo más radical su carácter de *creador*, que le hace imagen de Dios. En ellos aportamos al mundo, desde nosotros mismos, algo real y verdaderamente nuevo. Y, en los dos casos, es una aportación con vocación de eternidad. En el fondo, el resto del trabajo humano, está al servicio de ellos.

UNIDAD DE LAS TRES DIMENSIONES DEL AMOR-TRABAJO

Estamos considerando qué significa trabajo, y vemos que, tanto si lo consideramos como la versión encarnada de la vocación al amor, como si lo consideramos en cuanto actividad creadora —imagen de Dios—, este trabajo tiene tres dimensiones estrictamente ligadas, y que no pueden ser consideradas como asuntos distintos, sino como facetas indisociables de una misma realidad: el desarrollo de la persona que es de carne. El hombre, *como persona*, es imagen de Dios: radicalmente libre, con dominio de sí, creador, llamado al amor y la entrega. Y *como persona humana*, realiza ese amor a través de su ser carne y su ser historia: maduración del propio ser, generación y formación de otras personas, construcción del mundo. Estos tres elementos dependen radicalmente de la libertad que realiza el amor en el tiempo, y se entrelazan con estricto rigor. Para el hombre, la llamada al amor se actualiza en cada uno de estos tres factores. Con un reparto de tareas que es esencial para su desarrollo. Todos ellos son trabajo, todos ellos son creación, todos ellos son también amor.

Cuando la persona es de carne y hueso, el ser imagen de Dios se articula en estas tres facetas, tal y como lo describe el Génesis. Verlas separadas impide verlas en su luz más honda y verdadera. Verlas en su unidad pone de manifiesto que el desarrollo interior y la santidad —la primera dimensión del trabajo— no pueden desarrollarse sino en el ejercicio de las otras dos dimensiones, con su radical orientación interpersonal, de amor, y de servicio profesional y social. Verlas en su unidad muestra que el carácter creativo, que se suele asignar al trabajo profesional, se da con mayor rigor aún en la propia entrega al bien y en la generación de los hijos. Verlas en unidad muestra que la dimensión de servicio, que es el elemento nuclear del concepto de trabajo profesional —construcción del mundo humano—, ilumina el carácter (más que, pero no menos que) «profesional» de la paternidad y maternidad, y de las actividades formadoras de hombres, la primera el hogar familiar, y también en su vida sobrenatural. Cuando las personas somos corporales, y venimos a la existencia —la natural y la sobrenatural— unas a través de otras, la realización plena del amor es inseparable de nuestro ser padres o madres (toda vida de intimidad con Dios es inmediatamente fecunda y engendra en otros esa misma vida).

Este aspecto de servicio —de colaboración del trabajo individual a la construcción y el desarrollo del mundo humano— es más fácil de ver cuando, como sucede en nuestros días, la tecnología favorece el crecimiento de la sociedad. En estos momentos, una sola persona puede poner en marcha un proyecto que, aunando muchos otros esfuerzos, da lugar a progresos llamativos, a la aparición de enteros campos nuevos de la vida social y la economía. Y, precisamente porque ha ofrecido un servicio real, que la gente necesita y reconoce, le compran su producto, gana mucho dinero, y tiene mucho poder. Podemos recordar el fenómeno del Ford-T, o los nombres de algunas personas y empresas del mundo informático, aunque también podemos recordar a Colón. Que el trabajo profesional, la iniciativa personal, construye el mundo es,

ahora, más claro que hace unos siglos.

Por eso, aunque pueda parecer paradójico, estamos en mejores condiciones para entender que el trabajo es, de por sí, servicio, construcción del mundo humano. Que el «espíritu de servicio» en el trabajo no es un «añadido» ascético, sino que está en la entraña técnica de lo que es, en sí mismo, el trabajo profesional. Y estamos en mejores condiciones para entender que el trabajo es una dimensión radical de la libertad, de la *iniciativa* del hombre que sólo puede hacerse a sí mismo haciendo el mundo. Por eso, estamos en mejores condiciones para entender la relación intrínseca entre esas tres dimensiones del trabajo: la propia madurez, la generación y formación de otros, y la construcción del mundo. Es más fácil entender que la vocación al trabajo no es otra cosa que la versión encarnada de la vocación de la persona al amor. Ser alma-cuerpo es ser libertad hecha historia. Es ser originado y origen, ser parte de un mundo «por hacer»: ese *mundo* en el que puedan desarrollarse, en plenitud humana y sobrenatural, esos muchos hijos que la generosidad de Dios eterno está esperando. Es más fácil entender la entraña de esa vocación del hombre al amor-trabajo que Dios ha expresado con tanto vigor y rigor en el Génesis.

Dios y hombre: ser «Ipse Christus»

Dios no se ha conformado con querernos hombres. Nos ha queridos hijos. Nos ha asumido en la intimidad del trato entre Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo hizo desde el principio, pero los hombres hemos pecado. Pecaron los primeros, y hemos seguido pecando después. A ese pecado responde Dios con la Encarnación, pues nos quiere hijos en el Hijo. Podríamos decir que —si se tratara sólo de sacarnos del pecado, y darnos unas instrucciones para la vida— Dios podría haber realizado ese proyecto de otra manera. Pero no se trataba sólo de «salvarnos del pecado», sino de reintroducir, reasumir por completo a los hombres en su intimidad, en el trato eterno del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Por eso Dios Hijo asume una naturaleza y vive toda una vida humana normal. Es engendrado en el cuerpo de una mujer, va creciendo en sabiduría, en edad, y en gracia, aprende a andar, a hablar, a vivir. Trabaja en un trabajo profesional normal, tiene una vida de familia como niño, como adolescente, como adulto. Y una vida social normal. «¿No es éste el artesano, el hijo del artesano? ¿No conocemos a su familia?». Así se preguntan sus vecinos cuando comienza su vida pública. Esa vida de amor-trabajo, de la que hemos estado hablando, es asumida por Cristo a lo largo de toda una vida normal. Se ha hecho hombre para que los hombres nos hagamos dioses. Dios ha vivido una vida humana normal para que los hombres vivamos nuestra vida normal con sentido y valor divinos. A través del Bautismo somos hechos *alter Christus, ipse Christus*, y eso significa que nuestra vida humana normal, nuestra vocación al amor-tra-

bajo, brota ahora de una naturaleza interior transformada y elevada por la gracia que nos introduce en la intimidad de Dios, y es vocación a la santidad.

Si nuestra vocación al amor se encarna en vocación al trabajo en sus tres dimensiones, entonces nuestra vocación a la santidad se encarna en santificación del trabajo en sus tres dimensiones. El primero que ha vivido esta vida humano-divina es Cristo. También porque quiere que sepamos que ha experimentado todas las alegrías y penas que nosotros podemos sentir. Y lo que no podía vivir Él personalmente, las alegrías y angustias específicas del padre o la madre de familia, se las ha hecho pasar todas a la Virgen y a san José (es llamativo que las pocas palabras de la Escritura que les mencionan muestren todos los elementos esenciales de esas alegrías y esas angustias).

Ser hombres es, ahora, ser otros Cristos. Cuando Dios crea a una persona, la crea sólo para esto, para que sea santa. La vocación al amor es, ahora, vocación a la santidad. Si la vocación al trabajo incluye esas tres dimensiones, ellas serán, ahora, el ámbito de nuestra vida sobrenatural. Que Cristo sea Dios no altera para nada su ser humano. Él es «perfecto Dios, perfecto hombre». Que podemos traducir como «Dios perfectamente normal, y hombre perfectamente normal», pues ese es el sentido de «perfectus» aplicado contra el error monofisita: no cambian las naturalezas. Durante treinta años, la vida de Dios sobre la tierra, que es parte esencial de la Redención, que tiene un valor divino, infinito, se desarrolló con total normalidad. Y de ese tiempo de vida, los Evangelios no nos dicen nada más que esto: que nació, que la familia tuvo dificultades, que crecía, que obedecía a sus padres y que trabajaba, que era un profesional reconocido. Y nada más, salvo el episodio del Templo.

San Josemaría nos hizo ver que ese silencio es muy elocuente. Podríamos preguntarnos, ¿por qué el Evangelio no dice nada de esos treinta años? Y podemos responder que porque «no hay nada que decir», en sentido estricto. Esto es, no hay nada «especial» que decir. La vida que durante treinta años vivió Dios, es esa vida normal de amor-trabajo en sus tres dimensiones. Él es el nuevo Adán del que todos venimos a la vida sobrenatural. Y de una vida normal no hay nada que decir, salvo precisamente lo que se dice, que era normal, que crecía, que vivía en familia, y que trabajaba. La vocación radical del hombre al trabajo, tal como viene expresada por Dios en el Génesis, es vivida personalmente por Dios Hijo. Después, durante unos tres años, predicó, y finalmente murió en la cruz para salvarnos del pecado. De ahí brotará el Bautismo que nos permitirá a nosotros ser otros Cristos.

Pero su plan no es simplemente el de sacarnos del agujero del pecado, sino el de que vivamos toda nuestra vida a lo divino. Su plan es hacer que el mundo se convierta, es hacer el mundo con entraña sobrenatural. Vivir la vida cristiana es «poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas». Es «instaurar todo en Cristo». Por eso puede decirse que, hacer la Iglesia, es hacer el mundo en Cristo. Esa vocación del hombre al amor-trabajo, «creced, multiplicaos, llenad la tierra y dominadla» adquiere ahora una entraña y una

dimensión sobrenaturales. Antes, se trataba de ser hombres; ahora, se trata de ser santos. Aquellas palabras de Dios, en el momento de la creación del hombre, tienen un segundo momento, como un eco, en las palabras finales de Jesús, después de haber realizado la nueva creación:

«Id al mundo entero, y predicad el Evangelio a toda criatura» (Mc 16, 15)

HACER LA IGLESIA: HACER EL MUNDO EN CRISTO

La vida de la Iglesia es la continuación de la vida de Cristo. Los hombres ya no tenemos una vida meramente humana, nuestra vida es divina. Nuestra libertad no arranca sólo de nuestra naturaleza, sino de la gracia, vida sobrenatural que proviene de los sacramentos. Nuestra vocación de amor-trabajo, que es hacer el mundo, se traduce en vocación a la santidad, que es hacer el mundo en cristiano. Dios quiere que «todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad», de manera que vivan, ya aquí, una vida divina, como Él hizo. Y eso se realiza en la historia a través de la Iglesia. Por eso la iglesia es «católica», universal. Porque está llamada a salvar a todos, a llegar «al mundo entero».

Como decía san Agustín, la Iglesia es el mundo en cuanto redimido en Cristo. Por eso, establecer una dicotomía Iglesia-Mundo, como si se tratara de dos entidades que tienen una consistencia propia, independiente la una de la otra, es un error. El mundo no es otra cosa que el lugar y el fruto de la vida y el trabajo humanos, que ahora son divinos. El ámbito en el que puedan nacer y llegar a plenitud humana y sobrenatural los muchos hijos que Dios espera. Por tanto, en los planes de Dios, el mundo ha sido creado para ser redimido, para ser cristiano, para ser Iglesia (no se piense tanto en la «institución social con edificios y nombres», sino en el «Cristo total» que vive, también, ahora, en la vida eterna). Y el mundo que «todavía no» es Iglesia no tiene, en cuanto tal, una consistencia propia frente a la Iglesia. Es, simplemente, lo que «todavía no» hemos alcanzado a redimir. Éste es el significado de «católica», universal. Precisamente porque la Iglesia es, de por sí, en el plan divino, universal —«Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura»— es por lo que el mundo que «todavía no es Iglesia» no puede ser establecido como algo consistente, con una unidad interna que lo enfrente a ella. Aunque las estructuras de pecado que han cuajado como resultado de los pecados concretos de muchos hombres sí pueden ser obstáculo que se enfrente, sea a la vida sobrenatural de las personas singulares, sea a la Iglesia como unidad.

Se podría decir que no hay Iglesia «y» Mundo, sino Mundo redimido y mundo «todavía» sin redimir. Si pensáramos la Iglesia como una entidad separada del mundo, no la podríamos entender como Iglesia católica, universal. Y estaríamos desconociendo la profundidad de la Encarnación: Dios mismo vi-

viendo una vida humana normal, sacando adelante esa vocación de amor-trabajo como uno más entre los hombres. Se puede encontrar un paralelismo entre la estructura interna que señalan las notas de la Iglesia —una, santa, universal y apostólica— y la estructura interna de las palabras originales de Dios: —«Creced, multiplicaos, llenad la tierra y dominadla». También la vida sobrenatural de la Iglesia es crecimiento interior, fecundidad generosa, dependencia del origen (es apostólica, y sacramentalmente constituida) y construcción del mundo entero en cristiano, que mantiene una tensión hacia la plenitud de la vida futura. Tensión que, téngase en cuenta, es propia también del hombre en cuanto tal, pues la misma naturaleza espiritual del hombre impide que se lo pueda entender en un horizonte exclusivamente temporal y mundano.

De modo análogo a como, en la persona de Cristo, las dos naturalezas se unen sin confusión, esta unidad de Iglesia y mundo se realiza sin confusión. Y podríamos decir que esa unión sin confusión se realiza «en la persona» de cada cristiano. «El reino de Dios está dentro de vosotros». Hacer la Iglesia es hacer el mundo en cristiano, hacer el reino de Dios, pero no hacer «un reino temporal cristiano». Si así fuera, la Iglesia sería «una parte» del mundo, y no podría cumplir su vocación de católica, de universal. La Iglesia hace el mundo en cristiano no tanto como institución visible y unitaria, cosa que también es, sino sobre todo «en la persona» y en la vida de cada uno de los cristianos cuya vocación humana al amor-trabajo, a construir el mundo, se ha transformado en vocación a la santidad, mediante la construcción del mundo en cristiano. Siendo «levadura que desaparece en la masa, no haciendo grumos», sino transformando el mundo mientras desaparecemos nosotros, poniendo a Cristo —a la cruz de Cristo— «en la cumbre de todas las actividades humanas», lo que significa estar en la cumbre por el prestigio profesional, porque realmente *hacemos el mundo* bien hecho, en humano y cristiano, desapareciendo como la levadura porque estamos personalmente con Cristo en la Cruz, que es donde él triunfa, y el único sitio en el que podemos triunfar nosotros si *hacemos* el mundo en Cristo.

INTEGRACIÓN: DEL AMOR-TRABAJO AL MUNDO-IGLESIA

«La vocación profesional es parte de la vocación divina», y «para ser muy sobrenaturales, hay que ser muy humanos», repetía con frecuencia san Josemaría. La consistencia propia de la vida natural no queda ni obviada ni alterada por la gracia, sino sanada y elevada, impregnada desde su núcleo por esa nueva luz. La gracia refuerza y fortalece, eleva todo lo humano a un plano divino, pero no sólo respeta, sino que *se apoya* en el mismo desarrollo de lo humano. La partícula «sobre», incluida en la palabra «sobrenatural» significa con la misma intensidad dos verdades fundamentales. Significa que la gracia lleva a lo humano más allá, «sobre» lo natural, hasta lo divino. Y significa también,

con la misma intensidad, que la gracia se apoya «sobre» lo natural, está diseñada para crecer en y desde el interior del pleno desarrollo de lo natural. Significa que la vida sobrenatural reclama el desarrollo de la natural, que tiene su propia consistencia. Y genera un proceso de consolidación de lo natural: sana y eleva. Aunque tiene una fuerza tal —divina— que hace maravillas por encima de nuestros defectos y limitaciones, como san Pedro caminaba sobre las aguas.

La gracia crece «en» el mismo proceso de desarrollo de lo natural, que ya no es sólo natural, sino parte de una sola vida, la cristiana, en la que se articulan sin separación ni confusión lo humano y lo divino. Cuando la gracia llega a un alma estropeada por los vicios, lo primero que hace es reconstruir las virtudes naturales porque, sin ellas, las sobrenaturales no funcionan del todo bien. Del mismo modo, el mundo ya no es sólo mundo, sino mundo redimido, y no se puede hacer la Iglesia sin hacer el mismo mundo en cristiano. Pero el mundo tiene su propia consistencia y su propio modo de ser hecho, con una legalidad interna propia que la gracia de Dios supone y en la que se apoya, una consistencia que la gracia de Dios reclama, pero no sustituye ni suplanta. La gracia sana y eleva, pero no hace superflua, sino que exige y procura la realización del mundo humano según su propia humanidad, que ya no es sólo humanidad, sino parte del destino sobrenatural de quienes son Cristo. El mundo sólo cumple su vocación propia cuando alcanza a ser Iglesia (Cristo total, no institución social), y la Iglesia sólo cumple su vocación propia cuando transforma «el mundo entero» llevándolo a su plenitud humana y sobrenatural, en la unidad de vida de los hijos de Dios, que son otros Cristos, el mismo Cristo.

Si la Iglesia es el cuerpo del Cristo total, ese cuerpo tiene una estructura sacramental, y los sacramentos son los cauces principales por los que la vida sobrenatural llega a los fieles que componen ese cuerpo. La estructura jerárquica de la Iglesia, que responde a esa estructura sacramental, podría ser comparada con los nervios y venas por los que la vida sobrenatural llega a cada célula del cuerpo. Sin venas y nervios, no hay vida posible en el cuerpo, pero un cuerpo no es, ni sólo ni principalmente, venas y nervios. Un cuerpo semejante, además de poco atractivo, no tendría capacidad de transformar el mundo. Un cuerpo compuesto sólo de nervios y venas puede sufrir, pero no mover, ni construir el mundo en cristiano.

Es el conjunto de los músculos y de la variada riqueza que compone el cuerpo lo que hace a ese cuerpo bello y eficaz, el que da eficacia para hacer el mundo a lo divino. Cada uno en su sitio, alimentados por la gracia que brota de los sacramentos y de la Palabra de Dios, los cristianos hacen día a día el mundo en cristiano, y lo llevan a Dios a través de la Santa Misa, en la que ofrecen toda su vida como «sacrificios espirituales». Después de Cristo, hacer el mundo no es ya sólo hacer «el mundo», es hacer «el reino de Dios», es construir la familia, el hogar, la amistad, la economía, el arte, el estado, el descan-

so, la técnica, todo, desde una libertad que arranca de la vida de la gracia, que encuentra a Dios en cada momento de la vida, y que realiza su vida como la de «otro Cristo», con alma sacerdotal, que quiere «que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad», que sabe que «ha de padecer en su carne lo que falta a la Pasión de Cristo». Es «en la persona» de los cristianos, y en su vida diaria, a través de esa triple dimensión del amor-trabajo, donde se da sin confusión la unidad de Iglesia y Mundo, ese reino de Dios que «está dentro de vosotros».

Del mismo modo que los hombres venimos a la vida natural a través de otros, también venimos a la vida sobrenatural a través de otros, y dependemos de ellos para nuestra madurez y desarrollo. En la unidad de la única vida que vivimos, tenemos, necesariamente, una pluralidad de «trabajos profesionales» que permiten construir, tanto la vida humana como la sobrenatural. No sólo lo que habitualmente se entiende como «trabajo profesional». Que el carácter profesional del trabajo sólo pueda definirse por su índole interna de servicio —de engarce con la construcción de la sociedad— nos ha mostrado que la paternidad y maternidad tienen también una radical índole «profesional». Son más, pero no menos que profesiones. Y lo mismo sucede en la vida sobrenatural: la misión de engendrar, de transmitir vida sobrenatural, de cuidarla y alimentarla, de llevarla a plenitud, requiere una serie de dedicaciones que son también «profesionales» (también aquí, son más, pero no menos). Incluida esa dedicación que consiste en *profesar* el «apartamiento del mundo», con una función social peculiar: la de ser testimonio de que «sólo Dios basta», y de que «no tenemos aquí morada permanente», dos elementos esenciales del amor al que hemos sido llamados, y que necesitan recordar quienes, por ser cuerpo además de persona, viven su vocación al amor encarnada en la triple dimensión del amor-trabajo.